

LA CACERÍA

Con un largo sorbo el hombre apuró el café madrugador. Miró por la ventana que daba al nuevo día y, aunque el sol no era más que una deformada y mortecina mancha tras la densa capa de nubes, aquella prometía ser una buena mañana para cazar. Se calzó las botas altas para la nieve y salió al porche; inspiró profundamente el gélido aire invernal y, cerrando los ojos se deleitó tranquilamente con el aroma de los abetos. Cerca de él una risita le hizo bajar la mirada; dio un paso y besó la frente del recién nacido. Del pequeño, embutido en suave piel de marta, asomaban una nariz sonrosada, los labios que sonreían al padre y unos ojos profundos y brillantes como los de la madre. Sentada en una mecedora, la mujer acunaba al hijo en su regazo; contempló las montañas, de donde venían las primeras nieves, y reveló a su marido el augurio de buena cacería que anunciaban las nubes. Pero alguna sombra cruzó los ojos negros de la mujer cuando un soplo de viento agitó las dos pieles de lobo puestas a secar en el porche de madera. Él preguntó por ese repentino cambio en el rostro de ella.

—Vientos de muerte —contestó la mujer.

—Entonces son los lobos que acechan de nuevo en el bosque —dijo cubriéndose con el abrigo de piel de oso.

En un momento reunió a los perros, y con la escopeta al hombro ordenó a su rastreador que iniciara la marcha. El infatigable perro salió corriendo de derecha a izquierda, el hocico en tierra, atentas las orejas y seguido de los otros cinco canes que no tenían el fino olfato del primero.

La nieve, todavía sin cuajar, calaba el grueso gorro del cazador, y en el pesado silencio que cubría el bosque sonaba el alboroto de los perros. Llegaron al arroyo por el

que discurría un finísimo reguero de agua clara; el hombre tomó un par de tragos de agua helada y observó recientes huellas en el barro.

«No hace mucho que dos lobos pasaron por aquí; y son más grandes que los jóvenes merodeadores de la víspera del parto» pensó el cazador.

Permitió que los perros aprendieran bien el rastro hallado; y luego los lanzó en pos de las marcas que cruzaban el arroyo.

—Búscalos, Thor, búscalos —alentó al inteligente perro, que no despegaba el hocico del suelo.

Con un fuerte ladrido el animal se metió entre los matorrales; tras él, los demás se pisaban los unos a los otros en su loca carrera por la presa. De entre los arbustos salió el lobo mostrando sus dientes amarillos. Era un animal grande, negro con manchas grises, y que, despreocupado de sus atacantes, levantó sus fríos ojos de asesino hacia el cazador al mismo tiempo que entornaba una extraña mueca que el hombre tomó como descarado desafío. Los perros ladraban con ferocidad alrededor del lobo y éste no parecía amedrentarse, al contrario, lanzaba peligrosos bocados al aire que lograban mantenerlos a raya. Sólo reaccionó cuando, de algún lugar del bosque, un largo y nítido aullido descubría la posición de su compañero. Entonces se abalanzó contra los perros, que retrocedieron un sorprendido paso, y con un rápido movimiento giró y emprendió la huida. El hombre apuntó con el arma, pero no halló oportunidad de disparar sin herir a sus rastreadores que salieron a la zaga.

A lo lejos, los ladridos frenéticos le indicaban al cazador la situación del lobo. Corrió con la emoción de la caza en los ojos. El vaho, que de manera entrecortada se desprendía de su respiración agitada, pronto quedaba atrás y los copos de nieve iban cubriendo despacio su espesa barba y pobladas cejas.

Llegó a un claro en el bosque.

Allí la jauría acorralaba a los dos lobos, en una estampa difuminada por la nieve que caía cada vez más espesa. El otro lobo, más joven y de pelaje grisáceo, tenía el hocico cubierto de sangre. Ahora los dos lobos amenazaban a los perros, las orejas echadas hacia atrás, el lomo erizado y el rabo entre las piernas, en un continuo rodar y defenderse del ataque de sus perseguidores. El hombre descargó un tiro y el lobo más grande se desplomó fulminado. Con el estruendo del arma, el otro brincó ágilmente sobre los perros y soltó una desesperada dentellada contra la garganta de su amo. El cazador casi pudo oler la sangre que cubría el morro del animal cuando se lanzó al suelo, a tiempo de esquivar la acometida. Contempló, echado sobre la delgada capa de nieve, a la presa desaparecer por entre los árboles, de regreso al arroyo.

—¡Búscalos, Thor, búscalos!

El hombre, tras incorporarse con el corazón sacudido, volvió a cargar y echó a correr atento a los ladridos de la infatigable jauría. Se detuvo para tomar aliento y un poco de nieve amontonada en la tierra. Con la mano enguantada la introdujo en su boca, y en ese instante divisó un rastro de sangre como una fina herida abierta en la nieve, custodiada por pisadas de lobo. Las siguió con la mirada; y a poco más de veinte pasos, de espaldas al hombre, un tercer lobo casi tan grande como los anteriores, descarnaba su captura sin notar la presencia del cazador. El hombre supo al instante que aquel ejemplar era una hembra. Levantó la mirada y las ramas de los abetos le confirmaron que el viento no le delataría; así que se tomó su tiempo. Lentamente, se despojó del guante derecho y apoyó contra su hombro la culata de la escopeta que la nieve pintaba de blanco. Apuntó conteniendo la respiración, saboreando ese sublime momento.

La loba debió intuir algo porque giró la cabeza. Las fauces contraídas amenazaban mostrando sus letales colmillos encarnados, en una terrible expresión que al hombre le pareció una sonrisa.

Una grotesca sonrisa de lobo.

Un primer disparo, y las patas del animal se estremecieron. Pero, ante el asombro del hombre, la loba continuó desgarrando carne de su presa. Un segundo disparo, y la bestia cayó abatida.

En los labios del hombre, una sonrisa por el feliz desenlace. Cargó de nuevo y, por costumbre, por precaución, por si el astuto animal fingía su muerte, se le acercó apuntando con el arma. Con la bota tocó el lomo, la loba no se movió. Contempló esa mueca desagradable y oscuramente inteligente en su boca, pues se le parecía a la del otro carnicero que había matado. Todavía emocionado, pero satisfecho por las dos piezas cobradas, llamó a sus perros: ya estaba bien por ese día.

Buen día de caza.

Con ánimo alegre y admirado por tan magnífico trofeo, volvió el pesado cuerpo de la loba que yacía sobre su presa a medio devorar, criatura ésta apenas nacida, envuelta en suave piel de marta.